

CAPITULO I

DACIA: A dos jornadas de marcha de la ciudad fortaleza de Sarmizetegusa. Año 102 dC. Cuarto año triunfal de mandato de Nuestro Emperador Marco Ulpio Trajano.

Todavía no ha amanecido. El frío es muy intenso. Desde las proximidades de la puerta pretoriana del campamento se empiezan a escuchar las trompas de batalla. Su eco se pierde entre las inmensas montañas nevadas. Es la hora de ponerse en marcha. En nuestra tienda somos veinticinco legionarios, todos con más de diez años de servicio —Triatos nos llaman, la primera línea, los que dan el honor a Roma—, las otras tres tiendas, a la izquierda de ésta, están ocupadas por los demás de miembros de nuestra centuria, legionarios más jóvenes y auxiliares en batalla. Me llamo Quinto Graco, el hijo del alfarero de Absum, aunque todos los que me quieren bien me llaman «Balbus» —«el tartamudo», el dios Júpiter me concedió la gracia de ser tocado por su dedo—. Tengo treinta y nueve años y llevo quince en la milicia de Roma. Un año más y podré jubilarme, seré un veterano.

Estoy cansado, muy cansado... mucha sangre, amigos perdidos, recuerdos perdidos, siempre ampollas en los pies, siempre dolor en el alma, ojos grises, siempre grises... Quiero volver a mi casa...

Nuestro centurión, Domicio Severo, entra en la tienda. Está completamente equipado con el uniforme de combate; lleva el casco puesto, con la cimera transversal roja que le distingue como nuestro líder; la gladius, recién afilada, brilla en su cintura; la coraza y las espinilleras bien bruñidas.

Su semblante es serio, sabe lo que nos espera, a lo que nos tenemos que enfrentar. Él también tiene miedo, pero tiene que ser un poco más fuerte que sus legionarios.

—¡Triatos, en pie! ¡Roma no nos paga para que estemos todo el día holgazaneando! ¡Estamos aquí para matar y ser matados, para llevar el honor y la gloria de Roma y de Nuestro Emperador hasta los confines del mundo, de modo que arriba! Coged todo vuestro equipo, afilad vuestras gladius y vuestros pilum, comprobad los correajes de vuestros escudos y armaduras, preparad vuestras mochilas con agua y alimento; después recoged la tienda. A la hora tercia todas las centurias de nuestra cohorte han de estar perfectamente pertrechadas y listas para la marcha. Así lo exige y manda el Tribuno Marco Flavio y así se hará.

En la Legión no hay lugar para las preguntas; las órdenes se cumplen, no se cuestionan. Todos en silencio preparamos nuestro equipo. Cada vez hace más frío. Empieza a nevar intensamente. Recogemos la tienda y la depositamos debidamente identificada en un carro de bueyes.

Nos quedamos esperando únicamente, con nuestras túnicas rojas de lana, a que el resto de la centuria esté preparada. Me pongo a comer un trozo de carne seca mientras contemplo todo lo que me rodea... Toda una legión entera, la II Legio Adiutrix, movilizándose para la guerra. cuatro mil hombres, distribuidos en cuatro cohortes de mil hombres cada una, y éstas, a su vez, divididas en diez centurias, con un solo pensamiento, matar, vencer, aplastar... Sobrevivir...

Vuelven a sonar las trompas. Es la orden de dirigirse hacia la zona alta del campamento, donde están los tribunos de cada cohorte, para recibir las arengas, los estandartes y los buenos augurios de nuestros lares y penates. Nuestro centurión nos indica con la mano la orden de partir en perfecta formación hacia el lugar:

— ¡Legionarios, *avans!*

Nadie habla, llegamos al lugar y esperamos. De las cuatro tiendas rojas que tenemos delante, salen nuestros líderes, los cuatro tribunos, mandatarios de cada una de las cohortes y el Legado, el sumo comandante de la totalidad de la Legión. Todos aparecen con el uniforme completo. El Legado, Julio Severo, un hombre al que todos respetamos por su valor y destreza en la lucha, monta en su caballo y se dirige a nosotros:

— ¡Legionarios! Dentro de dos días llenaremos de honor y de gloria el nombre de Roma. Llegaremos a la ciudad de Sarmizetegusa y aplastaremos al ejército del Caudillo Dacio, Decéballo, el que humilló a nuestra amada patria en la batalla de Peloposum, destruyendo completamente la Legión Flavia Munia y ejecutando a todos y cada uno de los supervivientes.

A nosotros no nos sucederá eso, os lo aseguro...

Cada frase, cada palabra de nuestro Legado, va seguida de una intensa nube de vaho. Él también está nervioso y tiene miedo, como todos. Continúa hablando:

– Dentro de tres días, clavaremos las cabezas de todos los caudillos dacios en los pilum y adornaremos nuestro campamento con ellas. ¡La ciudad arderá en llamas y todos sus tesoros serán nuestros!

Desenvaina su spatha y la alza al cielo:

– Legionarios, los augurios son buenos, hoy todo nos sonrío. ¡Cojamos nuestros estandartes y partamos hacia la Victoriaaaa!

Todos nosotros empezamos a gritar y a golpear nuestras gladius contra los escudos, mientras las trompas suenan atronadoras. El ruido es ensordecedor. cuatro mil hombres gritando, intentando infundirse un poco de valor para lo que les espera; a muchos de ellos, una muerte segura.

Algunos de los legionarios más jóvenes de la centuria, los llamados Hastatos, no pueden aguantar su miedo. Lloran, se orinan encima. Los que ya me conocen me hablan de sus padres, de sus casas, de sus hermanos:

– Balbus, tengo ganas de ver a mi madre, la echo de menos... ¿Crees que la volveré a ver?

– Tú, tú mantente fi-firme en tu pu-puesto, tanto en el ataque como en la defensa, no rompas la formación en ningún mo-momento. Obedece ciegamente las órdenes de nuestro centu-turión y seguirás vivo. ¿Co-cómo te llamas legionario?

– Me llamo Casio, señor, Casio Vinicio. Tengo diecisiete años. Mi padre trabaja las tierras del Senador Aurelio, en Módena.

— Bien, Casio Vi-vinicio — me cae bien el muchacho, con aquellos intensos ojos azules, llenos de lágrimas —, joven legionario. A partir de ahora considérate ba-bajo mi protección. Tú haz exacta-tamente lo que yo haga y vivirás muchos años.

— ¡Sí, señor! — me sonrío aliviado.

Empiezan a sonar los tambores de marcha. La Legión comienza a moverse lentamente, en un perfecto orden.

La nieve arrecia. Tengo mucho frío.